Con esa precisión filosófica, encarnada en una prosa digna e impecable, llena de resonancias culturales y pródiga en erudición viva y razonada, Zepeda-Henríquez nos lleva de la mano por las diversas vertientes del mito: mitos *puros* o *escatológicos* (Tamagastad, la Carreta-nagua, el Cadejo, la Hocuana, el Cacaste), mitos de la historia (el Canal por Nicaragua, León Viejo, Sacasas y Chamorros, Siete Pañuelos, Sandino) y mitos *literarios* (el Güegüense, los mitos darianos de la infanta, las doncellas y los mancebos, el Hombre-símbolo, la novia de Tola y el Cifar de los Cantos). Un libro importante no sólo por su profundidad analítica, sino por su intento —difícil, qué duda cabe— de ordenar y alumbrar los oscuros laberintos del ser y la historia nacional.

Es lamentable que esta obra haya pasado inadvertida en nuestros medios intelectuales. Ni comentarios, ni polémicas, ni mesas redondas, ni presentaciones en periódicos. Ningún tipo de descubrimiento. ¿Es que vamos a esperar que, como es tradicional en este país, algún sabio extranjero venga a llamarnos la atención sobre lo que significa este libro de ensayos fundamental en la cultura nicaragüense contemporánea?

ALVARO URTECHO

MANUEL MARTINEZ: *Tiempo, lugares y sueños* (Editorial Nueva Nicaragua, Managua, 1986).

Tiempos, lugares y sueños (Editorial Nueva Nicaragua, Managua, 1986, primer libro del joven poeta y narrador Manuel Martínez (1955), recupera para la poesía nicaragüense una zona poco o nada abordada literariamente. Nos referimos al vasto territorio de la Costa Atlántica, esa otra Nicaragua que está esperando a los escritores y poetas que la nombren, que la expresen, que la pongan a hablar. Es sabido lo tardío que ha sido para nosotros el conocimiento de esa región con sus costumbres, naturaleza, habla y cultura. Pareciera que nos hemos complacido en su mudo aislamiento. Es vergonzoso incluso afirmar que no han sido ni siquiera los propios nicaragüenses los que nos la han revelado en su visión primigenia, sino viajeros extranjeros en unos cuantos libros de crónica de difícil acceso. Es cierto que ya hace rato, a fines del siglo pasado, se produjo la llamada Reincorporación de la Mosquitia, acontecimiento que supuso la integración político-jurídica *sui generis* dentro del Estado Nacional oligárquico, pero en definitiva ha sido muy leve la presencia de la Costa en nuestro horizonte cultural, y por consiguiente, en nuestra tradición literaria.

El bien organizado y logrado poemario de Manuel Martínez nos ofrece una visión fresca, prístina y convincente del territorio atlántico, una visión actual (actual incluso en su sentido conyuntural) sostenida por la poesía. Visión que

es descubrimiento: descubrimiento, hallazgo de un mundo desconocido y, por lo tanto, reticente y resistent. Ya conocemos antecedentes de este tipo de descubrimiento en nuestra poesía: el de los 7 *poemas atlánticos* de Iván Uriarte (1967), el de *El río y su sombra* de J. Santos Rivera (1959) y más alejado en el tiempo, el de ese extraño libro de Santos Cermeño: *Cañamazo*, difícilmente ubicable entre el post-modernismo y la vanguardia.

La mirada de Manuel Martínez transcurre fluida y discursiva como la de un río, una retina que va narrando sin detenerse:

En una punta de plancha, arenosa, el caserío
asoma al mar como un lanchón, tembloroso
y lento, subiendo la marejada.
El caserío gris oscuro dormita por
la eternidad del invierno y la única
calle corre junto al Spanish Creek y se pierde
imperceptible con la maleza que crece
junto a la corriente.

Un verso libre agradable, suave, cercano a la andadura rítmica de la prosa, con alternancia recurrente de líneas breves y largas. El mundo descrito es un mundo de deterioro: tiempos y lugares carcomidos, arrasados por la voraz fuerza ciega de la naturaleza y por la despiadada explotación de los hombres: tiempos que fueron dorados, lugares que fueron grandes plantaciones, emporios, puertos, y un solo testigo del esplendor: Ben, el viejo Ben, depositario de la memoria, una especie de redundante personaje faulkneriano que conoce al dedillo los secretos de la selva y el movimiento de los animales:

El vuelo repentino de la garza
es el sigilo del danto que en su suampo
se mueve. El danto es el dueño
del pantano, dice Ben,
conoce el tiempo y lo gobierna.

Pero el poeta no se limita a la pura descripción objetivista, como podría parecer en una primera lectura. Tras los meandros y sinuosidades de su mirada-río se encuentra un sujeto que es indiscutiblemente el protagonista de una historia humana, política y épica: el combatiente sandinista al acecho del enemigo:

Los suampos son como la muerte.
Allí están cerca de nosotros, mudos,
ocultos tras el ramaje
de los manglares y los penachos de las palmeras
verdes y amarillas.
.....
Allí compartimos la lucha,

la moral, el cielo y los nubarrones
grises, el oleaje rumoroso
del mar y el hambre y la carencia
del tiempo para desandar
lo recorrido.

(“En los suampos”)

Un combatiente-cronista que sabe equilibrar sus poemas con el sentido de la precisión, con la verdad y no con la mentira, con la justeza de la imagen y no con la retórica distrayente. Así, por ejemplo, el breve y concentrado poema “Cuando la luna se oculta”:

Cuando la luna se oculta
sólo se ven las siluetas de las palmeras
las garzas dormidas
como estatuillas de mármol
y se oye correr el viento
por los suampos.
Las horas pasan lentas
y yo vigilando en las sombras
que nadie traspase las fronteras.

O en la visión del horror producido por la muerte, por la destrucción de la guerra:

Allí estirado
boca arriba
quise despertarlo
para que viera como yo
el campo sombrío
y los cadáveres, el revoloteo negro
de los zopilotes y el terrible
silencio.

(“¡Quise despertarlo!”)

Pese a la brevedad de este libro, encontramos en él lo que podríamos llamar la configuración del paisaje: un paisaje que desfila ante nuestros ojos guardando siempre su fisonomía reveladora, su fulgor telúrico. Una geografía que se nos da de manera inmediata, húmeda, sin que su cronista se permita concesiones al fácil cromo exotista y folklórico. Una visión que se adhiere vitalmente a la memoria:

Todo esto nos pertenece.
Todo eso aquí se queda. El viejo Ben
y el relevo y el retumbo del Caribe
y la llamarada verde de los cocoteros a lo largo
de la costa. Nos vamos
como cualquier viajero en cualquier puerto.

En conjunto, podemos hablar de estos *Tiempos, lugares y sueños* como de una crónica novedosa en más de un sentido. Novedosa en tanto incorpora un territorio virtualmente ignoto al cuerpo de la literatura nicaragüense contemporánea, y en tanto lo logra con las armas de la poesía; un ojo poético atento siempre al fluir del tiempo, a la exterioridad del contorno, sin caer por eso en el exteriorismo programático. Una crónica que tiene también las características del diario personal, aspecto que, entre otros, a veces hizo pensar a este lector en *El soldado desconocido*, de Salomón de la Selva, ilustre combatiente de la Primera Guerra Mundial. Salud, pues, a la poesía, y a Manuel Martínez.

ALVARO URTECHO

CARLOS ALEMAN: *Boarding house San Antonio*, Ediciones literarias, México, 1985.

La aparición de una obra literaria narrativa en Nicaragua es prácticamente un acontecimiento cultural. Esta afirmación no es gratuita si tenemos en cuenta el desolador panorama que presenta el género en cuanto a creación viva, dinámica, presente, se refiere. Un simple vistazo al conjunto de la literatura nacional revela la escasa presencia de cuentos, relatos, novelas. Añoramos al Balzac, al Dostoyevski, al Kafka o al Faulkner que nos refleje, que nos cuente, que nos problematice, que refleje nuestras contradicciones, los estratos visibles e invisibles de una sociedad que marcha en busca de su identidad. Es un hecho, cada vez más innegable, que la sociedad, los grupos sociales nicaragüenses desean verse transfigurados en la ficción, en la fábula, en esos grandes intentos de comprensión representativas que son las novelas. No cabe duda que una narrativa consistente y seria ofrece, aunque no sea esa su intención primordial, un testimonio, un documento fiel de la época, más fiel aún por su carga de vivencia y subjetividad objetivadora, que la fría documentación sociológica o periodística.

Boarding house San Antonio de Carlos Alemán Ocampo (1940) es una novela corta, una *nouvelle*, como dicen los franceses. Estructurada en 19 episodios, esta obra intenta adentrarnos en un mundo conformado por la Managua de antes del terremoto, concretamente la Managua céntrica del Barrio San Antonio. El eje en torno al cual gira el movimiento de la historia es una pensión, una casa de hospedaje típica de aquellos tiempos, con estudiantes provincianos, empleados, vendedores, personajes bohemios y muchachas en busca de fortuna. Todo este pequeño mundo (un espacio limitado pero rico en inquietudes y ambiciones, complejo y significativo en su aparente simpleza) es visto a través de la óptica del personaje-narrador, un personaje que ha escogido la entonación de la primera persona para darle mayor transparencia